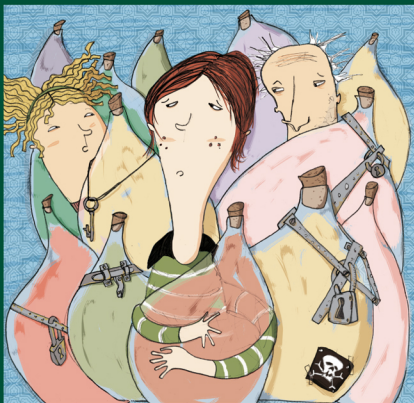


TUCAN  10+

Botellas de pesadillas

MARTA GENÉ CAMPS



edebé



Botellas de pesadillas

MARTA GENÉ CAMPS

Botellas de pesadillas



edebé

Título original: *Ampolles de malsons*
© Marta Gené Camps, 2011

© Ed. castellana: edebé, 2011
Paseo de San Juan Bosco 62
08017 Barcelona
www.edebe.com

Directora de la colección: Reina Duarte
Diseño de las cubiertas: César Farrés
© *Ilustraciones:* Esther Burgueño
© *Traducción:* Elisenda Vergés-Bó

Primera edición, octubre 2011

ISBN 978-84-683-0295-9
Depósito Legal: B. 23980-2011
Impreso en España
Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com ; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

*Para mis abuelos, abuelas
y tías abuelas.*

Capítulo uno

Alberto es el niño que más corre de su clase, de su colegio e incluso probablemente de todo su pueblo. Es rápido como un rayo y todo el mundo lo sabe. Pero este hecho no le ayuda a mejorar su reputación, ya que es bien sabido que en realidad corre tan veloz porque tiene miedo de todo.

Alberto cree que es una exageración decir que tiene miedo «de todo». Él sólo tiene miedo del monstruo peludo que vive en su habitación y que tan pronto se esconde debajo de su cama como en su armario... Y de los bichos pringosos que lo esperan en el baño... Bueno, y también tiene un poco de miedo de los fantasmas que se ocultan

en las esquinas oscuras de los pasillos del colegio... Por no mencionar los lobos feroces del bosque, las brujas malvadas, el hombre del saco o los dragones que echan fuego por la boca.

Pero si hay algo que de verdad le da miedo a Alberto, algo que hace que le desaparezca la sangre del rostro y le tiemblen las piernas, algo que le pone la carne de gallina y le provoca escalofríos, ¡es la oscuridad! La negrura de la noche que te engulle como si te sumergieses en una piscina de alquitrán de la cual no puedes escapar. Cuando está oscuro y no ves, cualquier cosa puede ocurrir. Y te pillarás desprevenido. Un temblor le recorre la columna sólo de pensarlo.

Y por cierto, la razón por la cual todo el mundo sabe que Alberto corre tanto porque tiene miedo de todo es que ha vivido siempre en el mismo pueblo donde nació, perdido en lo alto de una montaña, al final de una carretera que serpentea empinada y donde nunca

pasa nada, nunca se ve a nadie nuevo y cada día es igual al anterior. Es decir, ¡un pueblo literalmente perdido!

Alberto ya está un poco aburrido, y hoy no parece que vaya a ser muy diferente...

Al salir del colegio, sus amigos le proponen ir a buscar las primeras moras del año, y él se deleita pensando en el sabor dulce y a la vez amargo de esas frutas que explotan en la boca cuando las muerdes. Le llevará unas cuantas a su madre para que lo perdone por haber ido la noche anterior a su cama cuando al monstruo de la habitación se le estaba haciendo la boca agua sólo de imaginarse que se lo comía.

Alberto se despertó pasada la medianoche al oír el ruido que hacía la puerta de su armario al abrirse lentamente. Vio claro que le quedaban pocos segundos antes de ser engullido por el monstruo que vive en su habitación y corrió a la cama de sus padres, superando el miedo horroroso que le da el

pasillo, largo y oscuro de noche. Pero su madre le riñó y le dijo que, con once años, ya era demasiado mayor para aquellas tonterías de niño pequeño. Lo acompañó a su cuarto y encendió las luces para enseñarle que no había ningún monstruo.

Alberto sabe que su madre se enfadó un poco con él. ¡Pero seguro que las moras la pondrán contenta! Y con un poco de suerte preparará la mermelada que tanto le gusta.

Mientras camina con sus amigos, se distrae mirando la montaña más alta de todas, que está perpetuamente coronada de nieve, y se pregunta si desde aquella cima podría tocar las nubes. Está tan ensimismado que no se da cuenta de que están llegando al túnel que hay justo bajo otro pico. Para llegar a los arbustos donde se encuentran las moras más jugosas, el sendero favorito de los amigos de Alberto es aquel paso subterráneo que atraviesa el monte. Es relativamente corto, pero a Alberto siempre se le hace interminable la

oscuridad entre las paredes húmedas y frías antes de llegar a la luz del final. Piensa en todos los tipos de monstruos con forma de babosas que deben de esconderse por allí. Además, el eco y el olor a moho le dan la sensación de que se está adentrando en las entrañas de un monstruo horripilante.

Al ver la entrada tan cerca, palidece y le comienzan a sudar las manos. No tiene alternativa: tendrá que cruzar el túnel si quiere recoger moras con sus amigos. Los niños y las niñas de su pandilla empiezan a entrar en el agujero negro. A Alberto le tiemblan las piernas. Ve a Gema, la niña más preciosa de su clase, que con sus rizos dorados y una sonrisa radiante se introduce en la boca del paso subterráneo. Pero ni aun así le dan ganas de afrontar el reto. No hay nada que Alberto desee más en el mundo que ser valiente, como los demás, y poder cruzar ese túnel... Sin embargo, sugiere a media voz:

—¿Por qué no vamos por el camino prin-

cipal? A lo mejor encontramos moras antes de llegar al claro del bosque...

—¡No seas tonto, por aquí es mucho más corto! —le responde Marcos, el más alto y gordo de la clase, al mismo tiempo que empuja a Alberto hacia el túnel.

Marcos es hijo del policía del pueblo y cree que por eso tiene derecho a reírse de todo el mundo y a empujar a los otros niños cuando le apetece.

Alberto tropieza y ve cómo el túnel se hace más y más interminable, se alarga hasta el infinito y parece imposible llegar a la luz del fondo. Es negro y húmedo como la boca de un monstruo. Oye resonar con tonos fantasmagóricos las voces de los niños que ya están dentro. Las piernas lo traicionan, sabe que no podrá cruzar. Se caerá y será presa de las babosas gigantes o incluso algo peor...

—Acabo de recordar que mi madre me ha dicho que vaya a casa directamente después de clase y que no me entretenga —grita



Alberto a media voz, pero la mentira suena muy poco convincente.

—¡No seas cagueta! —lo pincha Marcos desde dentro, y el eco de su voz se repite hasta el infinito.

—No soy cagueta. Me lo ha dicho mi madre esta mañana, y se enfadará mucho si no voy —responde Alberto, enfadado porque su propia voz lo traiciona y evidencia la trola que el miedo le obliga a soltar.

Alberto da media vuelta mientras oye a Marcos que empieza a cloquear como una gallina.

—Coc, corococ, coc, corocoooooc.

Pronto se suman otros niños y sus voces resuenan grotescas dentro y fuera del túnel. Alberto ve a Gema, que lo mira con cara de pena, pero no dice nada.

—¡Coc-corococ! ¡Alberto es un gallina!

—¡Coc-corococ-coc, coc-coc-coc!

En esos momentos Alberto desearía que la tierra se lo tragara y desaparecer para siem-

pre. Como sabe que eso es imposible, echa a correr. Corre, corre y corre hasta que ya no oye las voces de los niños cloqueando y, al llegar al pueblo, se seca las lágrimas de rabia que le han inundado los ojos.